

à recibirlos, cubriendo el suelo de las calles con esteras, y sembrando copia de flores: y que los Indios, y las Indias salian con perfumadores en numerosa multitud, acompañandolos todos en Procesion, hasta llegar à la Iglesia, con no poca confusion de estos humildes Misioneros; demostracion, que por las grandes hazañas que oyeron referir del Padre Fray Melchor, y del Padre Fray Antonio, de las cuales no nos dexaron noticia, atribuyeron deber à la memoria que en todo aquel terreno se conservaba de tan insignes Ministros del Evangelio, que con los resplandores de su penitente vida, y con los rayos de su celestial doctrina, dexaron perpetuas luces, para ser tenidos, y venerados por Padres Santos.

Reformado todo Tabasco, y saliendo para Chiapa de Indios, enfermaron ambos en el Pueblo numeroso de Tuztla, llegandose à ver en estado tan peligroso, que sus Vecinos mandaron fabricar dos atahudes para depositar sus Cuerpos, y apreciarlos como morada de tan escogidas almas. El riesgo

de estas dos preciosas vidas, siendo mas cierto el de nuestro V. Margil, que llegó à recibir la Uncion Extrema, obligó al Medico à discurrir que los llevasen à la expresada Chiapa de Indios, en donde, por ser mas favorable el clima, y hallarse mas facilmente las medicinas, se podia acudir con mas prontitud, y comodidad à su dolencia mortal. Al punto se pobló de gente el camino, para llevarlos à competencia con remudas, en unas redes como cunas, conocidas por hamacas, cargando en ellas sobre sus hombros à los Enfermos, con el tiento, y lentitud que pedian su debilidad, y flaqueza. Hospedaronse en casa de los Nobles, y caritativos Consortes, Don Gregorio de Vargas, y Doña Francisca Astudillo; y reconociendo la compasiva Señora, que quanto mas medicinas le aplicaban al P. Antonio, tanto se confirmaba mas el pronostico de su muerte, al paso que en aquella Poblacion, y las comarcas, se repetian Procesiones de sangre, y se celebraban muchas Misas, pidiendo su salud al Cielo, se fue al

Tem-

Templo esta memorable Matrona à presentarle al Señor un expresivo, y costoso memorial à favor de su venerado Huesped; por cuya preciosa vida huviera vertido la sangre de sus venas, y estaba pronta à dar una de las prendas que su corazon mas amaba. En esta atencion, se adelantó tanto su piedad, que tomando en sus brazos à dos niñas criaturitas, hijas suyas, y rompiendo en ternuras, y sollozos, le dijo à su Magestad estas razones: *Ea, Señor, aquí tienes à mis hijas, toma la que sea de tu agrado, y dame vivo à*

Fray Antonio. Parece que solo esperaba el Autor de la vida este inocente sacrificio para el cumplido restablecimiento de su Siervo, pues à poco enfermó, y murió una de las niñas, quedando el moribundo P. Antonio con vida, y salud robusta. Y obligandonos à discurrir, segun nos persuade el suceso, que se la conservó Dios nuestro Señor por milagro, para dar vida, y salud espiritual por su medio à tantas almas, como nos irá manifestando la hilada relacion de sus Apostolicos pasos.

CAPITULO V.

SALE EL V. P. FR. ANTONIO con su compañero Fr. Melchor para Ciudad-Real, y Reyno de Guatemala, y se refieren los maravillosos progresos de estas Misiones.

Libre ya el V. P. Antonio de tan peligrosa enfermedad, creciendo en meritos, y haciendose capaz de mayores fuerzas, dirigió su viaje à Ciudad-Real, ò Chiapa de Españoles, en compañía de su amado P. Fr. Melchor, sem-

brando doctrina, y egemplos por el camino. Ya havian llegado los ecos de estas Trompetas Evangelicas à aquella Ciudad nobilissima, ilustrada con Silla Episcopal, cinco Conventos de Religiosos, y uno de Monjas; y desde luego que publicaron su

Mi-

Mision, fue tan extraordinaria la conmocion de sus Vecinos, que quedando arruinada la confusa Babilonia de los vicios, quedó erigida en una nueva Jerusalén de virtudes. No se contentaron sus habitantes en mudar los interiores afectos de su corazon con la detestacion de las culpas, sino que haciendo demonstracion de la compuncion de sus ánimos, fueron muchas las personas de ambos sexos que vistieron el ceniciento Sayal de la Santa, y Venerable Orden Tercera de N. S. P. S. Francisco, manifestando exteriormente su penitente reforma, con esta gala del Cielo.

Entraronse despues por la Provincia de Soconusco, anunciando el Reyno de Dios en todas sus Villas, Lugares, Haciendas, y Rancherías, con frutos maravillosos. Y como la flor, aunque esté escondida, se conoce por el olor, por mas que intentaron hacer sus transitos con disimulo, para evitar las aclamaciones del vulgo, salian à competencia las Procesiones à los caminos, congregandose à veces tres, y quatro

mil personas para acompañarlos. Desalabanse todos para manifestar su veneracion, y desgajando verdes ramos de los Arboles, los llevaban en las manos con demonstraciones festivas; y por la frondosa multitud, que se movia con ellos, parecia que caminaban los montes, ó que se trasladaban de una à otra parte las selvas. No dejaban de afligirse estos humildisimos Varones con tan extrañas novedades, que pudieran dar ocasion à varias emulaciones, y estravagantes juicios. Y aunque como verdaderos humildes, solo tomaban el grano, sin hacer caso del follage, dando toda la gloria à Dios, y à su Divina Palabra; con todo, tuvo por conveniente su prudencia cortar el hilo à estos piadosos excesos, con ruegos, persuasiones, y protestas, de que no se pondrian en camino, sino arrojaban las ramas, y cesaban estas expresiones devotas.

Emplearon cerca de un año en esta empresa, en las ciento, y diez leguas que dista el camino de la Costa del Sur, que circunda à Guatemala; y siendo mu-

muchas mas las que anduvieron haciendo varios circulos, y rodéos por sus fragosos desiertos, y breñas asperas, llegaron cargados de meritos, y mas abrasados en santo zelo, à las inmediaciones de aquella rica, y celebrada Metropoli. Y para escusar, como verdaderos despreciadores de humanas honras, el recibimiento que les queria hacer el Pueblo, que hacia dias se hallaba ya conmovido con la fama de sus aclamadas Misiones, hicieron su entrada en el silencio de la noche, como à la una de la mañana, en el Convento de N. S. P. S. Francisco, el dia veinte y uno de Septiembre de mil seiscientos ochenta y cinco. Divulgóse en pocas horas su arribo en toda aquella Ciudad, llenandose por la madrugada de gente el Convento, Cementerio, y Calles, deseosos todos de ver à los dos Varones Apostolicos, cuyas voces havian hecho tanto eco desde muy largas distancias, cuyas penitencias oían referir à cada instante por asombrosas, y cuya doctrina se aplaudia generalmente como bajada del Cielo.

Salieron los benditos Padres, siendoles preciso visitar al Presidente de aquella Real Audiencia, y juntamente al Señor Obispo, para el despacho de sus Misiones, y desde el punto que los divisó el concurso con compostura tan grave, con tan macilentos rostros, y con Habitos tan remendados, unos quedaban enternecidos, otros con los ánimos suspensos, y los más se persuadian à que eran anticipadas Estatuas de Enoch, y Elias, que despertando à los entendimientos dormidos, y clamando contra los vicios desordenados, iban à anunciarles el Juicio.

Hallabáse por entonces todo aquel Reyno con varios zelos, y sobresaltos, por la tiranía de las Naciones Estrangeras, que intentaban invadirlo. Y estando ya prontas para darse batalla las Compañias Militares Españolas entre sí mismas, en la Costa de Itzquintepeque, se tomó acuerdo, que acudiesen allá con prontitud estos dos señalados Gefes de la Milicia de Christo, para pacificar tan perniciosos alborotos, y temerosas inquietudes, con que al

al paso que se aumentaban las aflicciones del Pueblo, se le abría al enemigo el campo para conseguir con facilidad sus intentos. Pusieron en ejecución este dictamen el día diez y ocho de Octubre con tan feliz efecto, y gloriosas consecuencias, que se sosegaron los vandos, y tuvieron fin las disensiones. Y introduciendo en sus corazones la paz, union, y concordia, quedaron mancomunados, y unidos à conservar sus puestos, y alojamientos en defensa de la tierra, con resolución de perder las vidas por la Ley, por el Rey, y por la Patria.

Concluida su Legacia, y hechos Iris de paz entre los hombres, como índice de la que venían à anunciar à los pecadores, volvieron para Guatemala, en cuya Santa Cathedral dieron feliz principio à su Mision el día trece de Enero de mil seiscientos ochenta y seis. Autorizaron los concursos el Presidente, y Audiencia, el Ilustrísimo, y su Cabildo, los Prelados de las Religiones, y todos los Sujetos de carácter, así mozos como ancianos; y al

romper el espíritu fervoroso, y tierno de nuestros Misioneros en lastimosas voces de verdad, y desengaño, no había en el Auditorio quien no rompiese en llantos, y admiraciones. Desde el principio comenzaron à coger à manos llenas el fruto de su trabajo en confesiones generales, penitencias públicas, y reformation de vicios. Y como el que usa bien de sus talentos, cada día dá mas de sí, prosiguieron predicando en las demás Iglesias con igual zelo, y con tan cumplido logro, que en seis meses despues que se concluyó la Mision, no cesaron de oír confesiones quantos Confesores había en la Ciudad, segun la multitud de Penitentes, que ocurría à los Confesonarios, de todos estados, y sexos; de forma, que así en Guatemala, como en toda aquella Comarca, era asunto de general admiracion el ver tal frecuencia de Sacramentos, así en hombres, como en mugeres, y tal reforma de costumbres, aun en la gente mas licenciosa.

Y como sus ansias de convertir almas à Dios nunca queda-

daban satisfechas, salieron de Guatemala, revestidos de nuevo zelo, dando continuos gritos de penitencia, hasta correr por todos los dilatados ambitos de San Miguel, de Granada, de Leon, de Comayagua, y Honduras, fertilizando como celestiales Nubes à estas Ciudades, y à todos sus Continentes. El llanto, asombro, y conmoción de los Pueblos dió ocasion para que en algunas partes vastase tenerse noticia de la proximidad de su entrada, para que algunos se saliesen fugitivos, discurriendo que traían la Justicia de Dios consigo, para aterrarlos, ò consumirlos; pero así que experimentaban su mansedumbre, apacibilidad, y caritativo trato, deponían sus fantásticas apreensiones, y quedaban bien impresionados de que eran unos nuevos Apóstoles, que los enviaba el Cielo para que corrigiesen su ceguedad con los estruendos de la Divina Justicia, y para que alentasen su fé con las dulzuras de las misericordias eternas. Arribaron à las Poblaciones de la Costa de Sierra Aspera, cuyos Indios estaban totalmente

dominados del vicio de la embriaguez, y por consecuencia dados à los homicidios, amancebamientos, y barbaras relajaciones. Predicaron con acrimonia santa contra las viciadas bebidas, diciendoles que se ocultaba el Demonio en ellas, y que se convertía en gusanos, y vivoras infernales, que les roían el alma; y entendiendolo ellos materialmente, permitió el Señor varias veces, en premio del Apostolico afán de sus Ministros, que al destapar las vasijas en que conservaban sus caldos, hallasen asquerosos gusanos, y vivoras venenosas, que con su vista los dejaban llenos de terror, y espanto: por manera, que conociendo aquellos Naturales su largo, y perjuicioso engaño, cortaron todos los Arboles frutales que les franqueaban los frutos para la confeccion de sus escandalosos potages.

Desarraigaronse de algunos de aquellos Pueblos los sortilegios, prestigios, y algunos resabios de idolatría: y en una Iglesia de la Poblacion de Moyuta, Curato de Conguáco, sucedió, que al entrar en ella

Los Misioneros, percibieron un violento temblor, sin temblar en otra parte. Con esta novedad se persuadieron, con inspiracion Divina, à que los Indios adoraban alli al Demonio, en los Idolos que tenian escondidos. En esta mira predicaron contra el execrable delito de la idolatría, con tanta eficacia, y feliz efecto, que heridos los corazones de los delinquentes con los rayos de sus encendidas palabras, se echaron à los pies de los Padres, confesando tierros, y compungidos, que debajo de la Lampara tenian ocultos unos Idolillos, formados en pergamino, y al punto los arrojaron al fuego. Desde este País enderezaron su derrota à Nicaragua, Nicoya, y Costa-Rica, sin cesar de extirpar abusos, desterrar errores, plantar virtudes, y arruinar los vicios; de suerte, que no tenian movimiento, sin que los ejemplos excediesen à sus pasos. Cada voz que articulaban era una ardiente asqua, que prendia fuego de amor de Dios, y de contricion de las culpas en los vivientes racionales de aquellas Provincias, y Valles. No ma-

nifestaban mas anhelo que de convertir almas perdidas, coronandose de méritos, y cargandose de trabajos. Ni se les advertía la respiracion mas minima, que no fuese una luz clara, y flamante, que alumbraba, y consolaba à los ciegos desviados de las veredas del Cielo.

El egercicio de la cadena era frecuente en el Pulpito, haciendo frente à las maldades con el sensible estruendo de los golpes que descargaban sobre sus inocentes espaldas. El del Confesonario era tan puntual, como indispensable, cogiendo en él copiosas cosechas del grano Evangelico, que sembraban en sus Sermones. La disciplina, la hacian todas las noches, como por descanso de las fatigas del dia; y para ella convocaban à los hombres à los Templos, para que esta exterior penitencia sirviese de antemural, que defendiese la compuncion interior de los asaltos del desenfrenado apetito. En el ayuno era tanta su austeridad, que parecia no necesitaban de visible alimento para conservar sus vidas. En la oracion, asi vocal,

como mental, daban muestras de ser tan fervorosos, y prácticos, que hacian de la tierra Cielo, con infatigable espíritu. No quedó familia, aun en las mas humildes chozas, que à su persuasion no asentase por irrevocable estatuto el rezar el santo Rosario diariamente, con otras varias devociones, y especialmente la de la Via-Sacra, dejandola plantada en cada uno de los Lugares. Desde entonces quedó introducido el nuevo Cántico del Alabado, que se ha extendido tan felizmente en aquel Reyno, y en éste, resonando en tantas casas, y con tan tierna harmonía, por las noches, y las mañanas.

Con este Apostolico estilo, muy superior al de mi pluma, convirtieron, y reformaron estos memorabilisimos Varones à todo aquel dichoso Terreno, dejandolo tan afianzado en la firmeza de la Fé, y solidéz de santas costumbres, que hasta los Indios mas rudos, y de comprehension mas tardía, solian decir despues en prueba de su estabilidad christiana: *Esto nos enseñaron los Padres de la bendita Mision; y antes morir*

que pecar. Asi lo aseguró en un dilatarado Informe, que dió à la Magestad Catholica el Ilustrisimo, y Reverendisimo Señor Obispo de Nicaragua Don Fray Nicolás Delgado, en el qual, no parece que halla voces para elogiar, segun sus meritos, à estas dos gloriosas Columnas de este dichosisimo Claustro. En la relacion, que de orden de la Obediencia hizo algunos años despues el V. P. Margil, atribuye estas misericordias de Dios à la Predicacion Apostolica, vida egemplar, fervoroso zelo, infatigable afán, y penitente aspecto de su amado, y Venerable Compañero, el P. Fr. Melchor Lopez de Jesus: pero constando por Testimonios autenticos, que tengo presentes, recibidos en las Ciudades de Leon, y de Cartágo, que el V. P. Fr. Melchor, segun depone Testigos de vista, no podia alternar con igualdad en las referidas taréas, por su cansada vejez, y por sus muchas enfermedades, parece muy conforme à prudencia, sin hacer por ahora pie en la humildad del V. P. Margil, atribuir estos efectos de la gracia al mérito, y

virtud de entrambos. En las citadas Informaciones hallo algunos casos particulares de nuestro V. P. Antonio, sucedidos por este tiempo; pero tengo

por bien el dejarlos para lugar mas oportuno, deseando que los sucesos guarden entre sí la uniformidad mas posible.

CAPITULO VI.

ENTRA EL V. P. ANTONIO

con su Compañero à la Talamanca, y convierte millares de Gentiles: Se vé muchas veces en manifesto peligro de la vida, y lo libra Dios milagrosamente.

Haviendo estos dos nuevos Apostoles levantado las victoriosas Vanderas de la Cruz, con tantos, y tan gloriosos triunfos del Cielo, en los Obispados de Comayagua, y Honduras, y de Nicaragua, y Costa-Rica, llegaron à la vista de las Montañas de la Talamanca, que à mas de la quantiosa Nacion de este nombre, abrigaba en su dilatada circunferencia à los Terrabas, Cavécáres, Chichagues, Usambores, Caves, Usuros, Mayagues, y otros. Y noticiosos de que en aquellos Idólatras, y Gentiles gentes no havia rayado la luz del Santo Evangelio, se resolvieron à entrar en bus-

ca de estos Cerriles, y Barbaros, y darles à conocer el Reyno de Jesu-Christo. No fue poca la afliccion de los Christianos de aquellos Catholicos contornos, asi que quedaron enterados de los Apostolicos designios de sus venerados Padres Melchor, y Antonio, como sabidores de la barbaridad, y sevicia, que les dictaba el práctico conocimiento de sus confinantes vecinos. Y al paso que unos daban à Dios repetidas gracias, por lo mucho que cuida su Providencia de multiplicar Obreros en todos los espacios del tiempo, para el cultivo, y dilatacion de su Viña, otros quedaban enternecidos,

la-

lamentándose de los trabajos, que havian de padecer entre aquellas fieras indomitas, segun allá lloraban los de Efeso las tribulaciones que se le esperaban en Jerusalén à su amado Apostol S. Pablo. Pero como el deseo de la propagacion de la Fé, no conoce cobardía, y el zelo de la salvacion de los progimos sabe pisar à cada paso un peligro, dieron principio à su entrada estos Apostolicos Adalides, con el santo fin de dar de golpe en los ojos de aquellos ciegos con la luz de la verdad, ò de sacrificar en esta empresa sus vidas.

Confiados, pues, en que el mismo Señor, que infundió alientos à Isac, para no temer las asechanzas de los Filistéos, les havia de continuar el valor, para no asombrarse de los ardidés de los Talamancas, emprendieron esta dificultosa peregrinacion, para principiar su Conquista. Y revestidos del espíritu de un Moysés, quando fue embiado de Dios para librar à los Israelitas de la servidumbre de Egipto, llevaron adelante su derrota con animosa intrepidez, transitando desiertos yer-

mos, asombrosas soledades, terribles montes, y breñas asperas, para libertar à estos miserables del cautiverio del Principe de las tinieblas. Nada pudo acobardar à estos nuevos Josué, y Caleb, determinados à convertir la pérdida Talamanca en tierra de promision; y con los pies enteramente desnudos, con los Habitostaraceados de remiendos, sin mas vagaje que sus bordones, sin mas bastimento que la providencia, y sin mas guia que la luz del Cielo, se encaminaron para sus cuevas, chozas, palenques, ò rancherías. Havian apostatado de nuestra Santa Fé Catholica los antepasados de estos Gentiles Idólatras; y apesadumbrado el Demonio de que en aquel País se le acababa el imperio, habló desde los Idolos à los Viejos, sus Sacerdotes, diciendoles antes que llegasen los Misioneros, como estaban para entrar en aquellas tierras dos hombres, que iban con el destino de persuadirles à que se hiciesen Christianos, haciendoles juntamente una individual pintura de su porte, estilo, empléo, y Habitostandrajosos;

pe-